

K R A U S S

Su último concierto

El maestro tenía una dignidad de gran señor; eso era en la vida, y eso era en el reino musical, un gran señor. La dirección del famoso músico fue siempre de una serena sobriedad. Sus movimientos, por instantes, parecían nulos; pero sus manos y sus ojos hablaban con elocuencia a los profesores de la orquesta, que, comprendiendo sus gestos mínimos, lo interpretaban con delicadeza, con fuerza elocuente, con brío majestuoso.

La economía de movimientos en un director no es signo de frialdad; puede serlo, al contrario, de calor interior y de maestría.

Krauss ensayaba minuciosa y separadamente con los diferentes grupos de la orquesta (instrumentos de cuerda, viento, etc.). Una vez compenetrados director y profesores, de la obra y del modo de ejecutarla, los muchos actos plásticos del director eran innecesarios y debían ahorrarse.

El ahorro de movimientos en el podium beneficia a la orquesta, que así se distrae menos y se concentra más en lo que toca.

El músico que ha estudiado a conciencia una obra y la conoce a fondo, la admira y la siente; no necesita que el director contorsione brazos y manos en demasía, ni que suba y baje el cuerpo en genuflexiones y bamboleos para hacerle entender cómo debe ejecutar su parte. Le bastan las indicaciones precisas, que ya conoció en los ensayos, para armonizar lo suyo con el conjunto, y marcar los tiempos con acierto.

Pero no sólo a la orquesta distraen los movimientos desmedidos del director; también al público. Cuántas veces es prefe-

rible cerrar los ojos para no ver lo superfluo y escuchar con respetuosa delectación las bellezas musicales.

Clemens Krauss quizá fue el más estático de los directores. Asombraba su serena quietud, la nobleza de su rostro expresivo y la sobriedad de su parca acción.

Pero su estatismo era sólo externo; su interior era el de un artista completo, sabio y exquisito. Era, además, de una probidad de paradigma; en sus interpretaciones —dicen los técnicos— se significaba por un respeto absoluto a los autores; no hacía modificaciones ni las permitía.

En el último concierto de su vida lo acompañó nuestra excelsa pianista Angélica Morales; Krauss ya conocía a Angélica. La oyó tocar con Emil Sauer, su maestro y esposo, el mejor intérprete de Beethoven, en su época.

Antes de salir a escena nuestra artista se excusó con Clemens Krauss:

—Excúseme maestro; tal vez no esté a la altura del gran concierto de Brahms. Me siento todavía indispuesta.

Estaba enferma, y acababa de perder a su madre. Sin embargo, en esas condiciones tocó maravillosamente una de las obras más difíciles para los pianistas. Angélica Morales conmovió al público con su impecable técnica y su soberbia y emotiva ejecución. Los espectadores la llamaron diez veces al proscenio, entre aclamaciones. La propia artista dijo “haber dado de sí todo cuanto ansiaba dar”. Se sentía feliz al lado de Krauss, con quien llegó a la más absoluta comprensión estética: “Hablábamos el mismo idioma”. El idioma universal de la música.

Al terminar, el maestro felicitó a la pianista, diciéndole: “¡Si tan admirablemente toca usted cuando está indispuesta, cómo tocaría si estuviera del todo bien!”

Después de tantas llamadas a escena en las que el maestro no quiso acompañar a nuestra compatriota, por gentileza de su parte, para no compartir con ella los aplausos del delirante auditorio; Krauss consintió al fin acompañarla. Entonces al verlos juntos, se provocó en la sala un fervoroso entusiasmo.

Como siguieron las aclamaciones, el ilustre artista tuvo este postrer gesto de admiración y simpatía para nuestra Angélica Morales:

—Toque usted un *encore*; y como él la animara insistente, ella se negó con rotundidad.

No, no podía, no debía tocar más. El maestro estaba enfermo y cansado. El *encore* significaba una espera que pudiera dañarlo, pues aún tenía que dirigir la *Eleonora*, de Beethoven.

Este fue el último ademán nobiliario del inmortal Krauss que dejó de existir en México, donde encontró, según su propia expresión, “un profundo y admirable sentido musical”.

(*Excelsior*, 26 de mayo de 1954).